

Luégo, sin dejar de sollozar, continuó escribiendo:

Tu prima, que te ama mucho.

Y firmó:

JUANA.

Cuando terminaba la carta, Zoé volvió á entrar.

—Todo está preparado—dijo.—He consultado además un itinerario del camino de hierro. Dentro de media hora sale un tren para el Havre. ¿Quieres que vayamos al Havre? Me parece que eso nos acercará á nuestro país.

—Vamos al Havre—dijo Juana desfallecida, respondiendo maquinalmente á la pregunta de su amiga.

Sofía Blanchard acababa de entrar. Zoé le participó que Juana y ella, cuya presencia en provincias era muy urgente, salían de París por algunos días. Encargábasele de la casa, y le anunciaban que le escribirían más tarde para darle instrucciones, si de ello había necesidad.

—¡Qué sola voy á estar!—dijo Sofía con tristeza.

Pidió permiso para acompañar á sus señoras hasta el camino de hierro, y se lo concedieron; pero Juana le rogó que no tardara en volver, para que entregase al señor de Meillant, si iba por la noche, una carta que había dejado en la mesa del salón.

Después salieron las tres de la casa. Juana echó una larga mirada á aquel salón en donde se había creído amada y en donde había amado con toda su alma.

XXXVII

A eso de las nueve de la noche, Roberto de Meillant llamó á la puerta de la casa de su prima. Sofía Blanchard, fiel á la consigna que había recibido, abrió.

—Buenas noches, mi buena Sofía—dijo Roberto, que se dirigió al salón en donde le recibían generalmente.

Pero Sofía le detuvo con estas palabras:

—No están las señoras, caballero.

—¡Hola! ¿Pues adónde han ido? Sin duda de compras—dijo jovialmente.—No tardarán en volver. Voy á esperarlas.

Sofía le miraba atónita, conmovida, sin poder darse cuenta exacta de la situación.

—¿Pero el señor no sabe?...—dijo.

—¿El qué?

—Que las señoras están de viaje.

—¿De viaje?... ¡Sio prevenírmelo! ¡De viaje!—repitió. ¿Qué viaje tendrán que hacer? Debéis estar equivocada, Sofía.

—¡No, señor!—contestó toda trémula viéndole palidecer.

—¿Y cuándo volverán? ¿Tal vez mañana?

—No, creo que no—balbuceó Sofía.—Estarán ausentes mucho más tiempo.

—¿No me han escrito? ¿No han dejado una esquila para mí?

—¡Ah! Sí, por cierto, señor; sí, por cierto. Tan turbada estaba, que había olvidado la carta. Entró en el salón para buscarla. Roberto la siguió, cogió la carta que estaba sobre la mesa, rompió precipitadamente el sobre, y á luz de una bujía que Sofia colocó junto á él leyó estas palabras:

Pidoos perdón, Roberto, por el dolor que voy á causaros. Sé que cometo una gran falta para con vos, que siempre habéis sido bueno para mí... Tal vez debiera engañaros por más tiempo, pero no tengo valor para ello... Querido primo, no soy digna de vuestras bondades ni de vuestro amor... Olvidadme y dejad que se cumpla mi destino... Puede que éste hubiera sido más hermoso á vuestro lado... Pero ¿quién es dueño de su corazón? Adiós, no me volvéis á ver jamás...

JUANA GUÉRIN.

—Os equivocáis—dijo Roberto de Meillant á Sofia Blanchard después de haber leído la carta que halló en la mesa del salón;—esta carta no puede ser para mí.

—Dispensadme, señor—dijo Sofia.—La señorita me dijo: *Entregaréis esta carta á mi primo, si viene esta noche.*

Y al mismo tiempo presentaba á Roberto los pedazos del sobre que había roto, y en los cuales se leían aún con claridad estas palabras: *Señor Roberto de Meillant.*

Miró largo tiempo la letra: era de Juana. Entonces volvió á leer la carta; tal vez no la

había comprendido. De pronto palideció horriblemente. Un temblor nervioso hizo agitarse el papel que tenía entre sus dedos. No podía equivocarse: las líneas trazadas en aquella hoja eran muy claras.

No soy digna de vuestras bondades ni de vuestro amor... Olvidadme y dejad que se cumpla mi destino... Puede que éste hubiera sido más hermoso á vuestro lado... Pero ¿quién es dueño de su corazón?

¡Y era Juana quien había escrito aquello!... ¡Juana, su prometida!... ¡Juana, á quien iba á decir aquella noche: *Lo he preparado todo para nuestro matrimonio. Los documentos que esperaba han llegado de las colonias. Se celebrará cuando queráis. No os hablaba de ello, á fin de dejaros entregada por entero á los recuerdos que en vos despertaba el próximo aniversario de la muerte de vuestro padre. Pero ahora os suplico que fijéis la fecha de nuestra unión.*

Si ella sentía deseos, por respeto al muerto tan llorado, de retardar su fiesta conyugal, pensaba él demostrarle, con la delicadeza posible, que no podía vivir más tiempo así, como hermano, al lado de aquella á quien amaba ardientemente, con todas las fuerzas de su juventud, con el ímpetu de su primer amor. Sufría al contemplarla, al admirarla, por no poder estrecharla entre sus brazos y apretarla contra el corazón. Y tanto era su sufrimiento por semejante contrariedad, por aquella reserva, por aquella abstinencia impuesta por el

deber y la honradez, que hacía ya algunas semanas que se resignaba á verla con menos frecuencia, y, cuando la veía, á sentarse lejos de ella. Esto era lo que iba á decirle, de tal modo la amaba. ¡Y ya no estaba allí!... Y le había dejado, al marcharse, aquella carta... aquella infame carta... en que tan brutalmente se desengañaba al hombre á quien la víspera se sonreía y recibía alegremente.

Además, no le bastaba decir: *Me he equivocado... Era una niña... sólo os profeso un cariño de prima, de pariente. Me voy, á fin de que podáis olvidarme más fácilmente.* No, esto no le bastaba; dábale á entender, además, que amaba á otro. ¡A otro! ¿Quién sería? ¿Dónde le había encontrado, dónde le había visto, cómo había empezado á amarle?

De repente, abandonando el sitio que ocupaba delante de la mesa, se levantó, empezó á pasear por el salón, sin cuidarse para nada de Sofía Blanchard, que se había retirado á un lado y le miraba con tristeza.

Varios recuerdos surgieron á la vez de su memoria. Recordó que Juana no había abandonado contenta, y sí sólo porque era demasiado pequeño, su antiguo cuarto de la calle de Helder. Habían despedido á Zoé Lacassade. Asombrado por aquel proceder, Roberto fué á pedir explicaciones al propietario, y éste, que al principio se negaba á darlas, forzado por sus preguntas, concluyó por decir que estaba decidido á no alquilar sus habitaciones más que á matrimonios; que no quería más mujeres que vivieran solas y expuestas á recibir demasiadas

visitas. Roberto, pensando que se trataba de sus idas y venidas, demasiado frecuentes tal vez, y creyendo inútil luchar con un propietario porfiado y encastillado en su derecho, pasó por la despedida sin más protesta y sin conceder al hecho ninguna importancia.

Recordaba también algunas frases dichas delante de él por personas que le conocían; frases de doble significación, frases ambiguas. No había reparado en ellas, creyendo que se trataba de Zoé Lacassade, cuyas maneras y excentricidades podían alimentar ciertas susceptibilidades sociales. Mas ¿se trataba de Juana Guérin? ¿Habían notado otros lo que él no podía ver, dada su confianza y amorosa ceguera?

Finalmente, un antiguo amigo de su familia, al cual participó el día anterior sus proyectos matrimoniales, le había dicho:—*¡Ah! ¿Conque decididamente os casáis con la señorita Guérin?... ¡Mirad lo que hacéis!—¿Por qué?—* se apresuró á contestarle...—*Es demasiado joven para vos... Reflexionad...*—Y no había reflexionado, y de seguro hubiera olvidado tales palabras, semejante consejo, á no ser por la carta que acababa de recibir.

Sin embargo, no creía en aquella carta, ¡no! Juana no podía haberla escrito... Ó bien, al escribirla, había obedecido á alguna sugestión, á alguna influencia misteriosa, á algo incomprendible.

Se sentó de nuevo á la mesa, y, sacando de su cartera la carta que Juana le escribió anunciándole la muerte de su padre, la colocó junto á la nueva para comparar la letra de las dos.

Eran semejantes; no podía negarlo. Sin embargo, las letras de la segunda eran más finas y estaban más separadas que las otras. Había concordancia casi completa, similitud punto menos que perfecta; pero parecía que se trataba de una hábil imitación y que la segunda carta era obra de un falsario.

Brillaron sus ojos de alegría, mas por breve espacio de tiempo.

¿No había entregado Juana aquella carta á Sofia Blanchard? Interrogó nuevamente á la criada, que permanecía silenciosa é inmóvil.

—¿Ha sido mi prima quien os ha confiado esta carta?—preguntó.

—Sí, señor.

—¿Y os ha encargado que me la dierais cuando viniese?

—Sí, señor. La señorita me ha recomendado hasta con insistencia que estuviera en casa para recibirlos.

—¿Por qué os ha hecho esa recomendación? ¿Teníais que salir?

—Sí; pedí permiso á las señoras para acompañarlas á la estación.

—¿Las habéis acompañado?

—Sí.

—¿A qué estación?

—A la del Havre.

—¿Salían para el Havre? ¿Las habéis visto tomar los billetes?

—Sí, señor, y yo misma facturé sus equipajes.

Dudó por un momento; luego, tras un violento esfuerzo, dijo bruscamente:

—¿Iban solas?

—Sí—murmuró Sofia.

—Habéis tardado en responderme. ¿Por qué ha sido?

—No, señor, os lo aseguro: las señoras iban solas.

—Está bien—dijo Roberto fijando en ella sus ojos, en que se leía la duda.

Creía que no se atrevían á decirle la verdad por el temor de causarle pena. Después repuso:

—¿A qué hora se fueron?

—Cerca de las siete.

—En efecto—se dijo,—el expreso del Havre sale á las seis y cincuenta y cinco.

Y continuando su interrogatorio añadió:

—¿Volvisteis á casa inmediatamente después de su marcha?

—Algunos minutos después; el tiempo necesario para venir desde la estación del Oeste hasta aquí.

—¿No puede haber entrado nadie en este aposento durante vuestra ausencia?

—Nadie; tenía yo las llaves.

Roberto calló, comprendiendo que sería una locura continuar dudando. Se levantó y ya se iba, cuando de repente, arrastrado por un impulso irresistible, obedeciendo á alguna influencia imperiosa, cogió la bujía que estaba sobre la mesa y se dirigió precipitadamente al cuarto de Juana.

¿Quería ver por última vez el aposento de su amada, aquella habitación casta y tranquila donde ella le había recibido tantas veces, ó bien pensaba encontrar allí alguna otra

carta, algún objeto que le diera nueva luz, que le tranquilizara, que le consolara acaso?

Aquel aposento estaba desordenado: los muebles, los cajones abiertos de prisa para llenar un baúl, no habían sido cerrados. Todo atestiguaba lo precipitado de la partida.

En una mesita de costura, revueltas con pedacitos de tela, hallábanse algunas cartas abiertas y sin duda olvidadas. Fijóse en ellas la atención de Roberto. Acercóse con la luz en la mano y las miró. Abiertas como estaban sobre la mesa, parecían como provocarle á que las leyera.

Por un momento resistió á la tentación: después, pálido, temblando como un malhechor, se inclinó sobre la mesa y leyó de arriba á abajo sin tocar el papel.

Era una calurosa carta de amor dirigida á Juana. Le recordaban en ella varios hechos: un encuentro, varias citas, promesas recíprocas, confesiones, compromisos para el porvenir... Le suplicaban que tomara una determinación, que no luchase más, que no sacrificase un amor verdadero á una amistad de la infancia, respetable sin duda, pero insuficiente para hacerla feliz. Hacíanle además mil apasionados juramentos, y le decían que todo estaba preparado para una partida inmediata.

—¡Ah!—exclamó Roberto.—¡Esta carta es la que le ha decidido!

No quiso terminarla ni leer las demás, y pasando por delante de Sofia Blanchard, que le esperaba en el dintel de la puerta, dijo:

—¡Adiós, adiós! ¡Ya no volveré nunca aquí!

XXXVIII

Ya en la calle, Roberto de Meillant tomó por la izquierda y echó á andar á largos pasos, sin volverse y sin mirar. No se alejaba de la casa de su prometida; huía de ella como se huye de una ciudad incendiada. Por lo demás, caminaba maquinalmente. No se decía: *Quiero que un largo espacio me separe de los sitios que ella habitó; quiero poner un gran vacío entre ella y yo.* No, no se decía nada de esto. Hallábase incapaz de formular un razonamiento. Huía de su mente el pensamiento, á la manera que él huía de la casa de Juana.

Sin embargo, hablaba al andar. Como los locos, repetía siempre las mismas palabras: *¡Ella... ella! Juana... Me ha engañado... ¡Ha huído con otro!*

Y aún era una dicha para él que su pensamiento se mostrara tan rebelde y tan ciega su inteligencia. Sufría menos; mucho menos que si se hubiera hallado en toda la plenitud de su inteligencia; que si el pasado, con su hermoso séquito de risueños recuerdos, se le hubiera aparecido con claridad. ¡Qué dolor, en efecto, representársela tal cual había sido para volverla á hallar tal cual era!

Y andaba, y andaba de prisa, quitándose de cuando en cuando el sombrero para que el aire